



EL PUENTE DE LA ABADÍA.

AL N. O. de los Estados de la Iglesia, por la parte meridional, sobre la frontera que los separaba de la Toscana, y como á mitad del camino que une la pequeña ciudad de Canino al puerto d' Orbitello, corre de Norte á Sur un riachuelo llamado la Fiora; nace en el territorio de Badicoiani, y desemboca en el Mediterráneo entre Civitta-Vecchia y Porto-Hercule. Este río, encajonado entre sus pintorescas orillas, pasa por entre las ruinas de una antigua ciudad etrusca muy importante y los estensos cementerios en los que el príncipe de Canino, MM. Candelori y otros propietarios de las inmediaciones hicieron, hace unos veinte años, inmensos descubrimientos de antigüedades, vasos etruscos de todas formas y tamaños, adornados con pinturas notables; además de numerosas joyas de oro, depositadas como los vasos en las sepulturas de los habitantes de la antigua ciudad de Vulci. En este mismo territorio, á poco mas de una milla, se eleva un puente construido sobre a Fiora en el punto en que le atraviesa el camino de Canino á Orbitello. Este puente, de construcción antiquísima, de grande atrevimiento y muy bien conservado, está defendido por la parte oriental por un viejo castillo de la edad media, de donde debe proceder el nombre que lleva hoy de *punto dell' Abadie* (puente de la Abadía). Este castillo sirve hoy de puesto de aduaneros de los Estados del Papa; contiene una capillita; encima de la puerta de esta hay incrustado un bajo relieve correspondiente á la antigua época romana.

UTILIDAD DEL ESTUDIO DE LAS LETRAS.

Las letras atestiguan el genio penetrante del hombre, y sus grandes descubrimientos y bellas creaciones le han hecho verdaderamente el rey de la naturaleza. No pueda el hombre dejar de cultivarlas, sin ver caer á sus pies esas artes que dan vida á los imperios; ¿pero deben las letras servir de primer alimento á su curiosidad? ¿Es necesario confiarle el cuidado de *desarrollar sus facultades nacientes*? Yo pregunto: ¿Qué talento distinguido, qué sabio ilustre no se ha formado desde luego en su escuela? En los siglos de la civilización y de las artes, en todos los pueblos cultos, las letras han sido el fundamento

de los estudios, cuando no an objeto principal. Este honor les corresponde: órganos de *la bello*, exentas de aridez, de formas dogmáticas, dotadas de un lenguaje flexible, insinuante, persuasivo, tienen sobre los diferentes ramos de los conocimientos humanos la insuperable ventaja de *desenvolver á la vez el sentimiento y la inteligencia*. En sus lecciones reina cierta viveza y animación que nutre al alma, que la ejercita, que la asocia, en algun modo, á todos los movimientos y progresos del pensamiento. No: por mas que la inesperienza y el orgullo lo digan, *el estudio de los clásicos no es un vano aprendizaje de palabras*; es un estudio que pule, que adorna y estiene el espíritu del hombre, que forma su corazón y perfecciona la razón. De las obras de los clásicos corren, como de una fuente viva y abundante, los sentimientos nobles, generosos, las ideas exactas, luminosas, elementos esquisitos de una moral pura y de una sana dialéctica. La filosofía, las ciencias exactas, las naturales, no pueden sustituir nada á estas preciosas semillas, lanzadas continuamente y de una manera insensible en las almas tiernas, llenas de calor y de actividad, que se abren como por sí mismas á las emociones vivas y fuertes impresiones. *Guárdemonos de destruir el orden de la naturaleza y de violar las leyes de la inteligencia. La memoria y la imaginación, hé aqui las facultades que primero se despiertan; la razón, mas tardía, espera para manifestarse un punto de madurez. Se puede, por medios artificiales darle un desarrollo precoz; pero ¿se cree que esta especie de *vegetación lenta*, en medio de las mas bellas producciones del genio, no le comunique mas sávia y vigor?* Esas imágenes y giros, esas comparaciones ingeniosas, esas pinturas fieles de las cosas humanas, la intervención de los grandes caracteres, esos discursos enérgicos y razonamientos llenos de fuego, esas mismas ficciones, esa maravilloso cuyos resortes es necesario descubrir, esos análisis delicados y repetidos que necesita el genio diferente de las lenguas, esa lucha continua con unos escritores *tan propios para inspirar el entusiasmo*, esos ensayos, esos tanteos ó pruebas de la composición, ese orden, ese encadenamiento en los pensamientos, esa elección escrupulosa de las palabras, esas graduaciones de estilo, esas reglas, esos medios y esas finezas del arte, va aquí lo que aguija la razón, lo que la hace dócil, viva, penetrante, lo que la dispone á las operaciones difíciles, á las combinaciones vas-

tas, á las especulaciones elevadas. Sin este trabajo preliminar, sin estos brazos y sólidos estudios, el espíritu carece de tesoro y de fecundidad: encerrado en estrechos límites, permanece inactivo en medio del maritimiento, y pobre en medio de las riquezas del mundo intelectual.

Yo digo á los que con más honor cultivan las ciencias y que más se interesan en su gloria; á esos hombres que hablan de las letras con desdén, que las miran como un lujo y una superfluidad, yo digo: «¿Queréis aniquilar las ciencias? Aniquilad entonces las letras; cerrad las fuentes de la elocuencia y de la poesía; borrad los recuerdos de la historia; entregad á las llamas los elegantes y graciosos modelos que os han dejado los escritores de Grecia y Roma y de todos los pueblos de la Europa civilizada; que las escuelas del gómetra, del físico, del químico, se abran á una juventud sin cultura, sin gusto, sin ardor, vacía la cabeza, la imaginación muerta; ¿en dónde se hallará esa prontitud, esa fuerza de concepción, esa atención firme, ese vigor, esa perseverancia necesaria, no para familiarizarse con los elementos, sino para penetrarse del fondo de las cosas, para alcanzar, para seguir una larga cadena de ideas y razonamientos, para hacerse dueño de esas bellas teorías en que brilla el carácter de la invención, para abrir nuevas rutas y trazar en ellas surcos de luz? Destruid la actividad del alma, la energía de la voluntad, y no quedará ya, en ningún género, ni inspiración, ni creación. La paciente calma de Newton, este primer elemento de su genio, procede del vigor del desarrollo moral.

Pasa en silencio otras muchas monedas, para volver, para insistir sobre un punto único y decisivo: *las letras hablan al corazón y á la razón; ellas abrazan al hombre todo entero.* El alumno que ha seguido gradualmente y con fruto la gramática, las humanidades, el estudio de clásicos, no solamente ha enriquecido su memoria, extendido su imaginación, esclarecido su gusto, fortificado su juicio; él ha entendido, por decirlo así, en comercio de afectos con sus semejantes; sus costumbres y su carácter han recibido un sello; él ha sacado de estas mismas fuentes el amor del bien y el sentimiento de lo bello. El vicio se presenta á sus ojos con toda su deformidad, y la virtud con todos sus encantos y esplendor. No entra en el mundo á ciegas; por una suerte de experiencia anticipada conoce las pruebas y las vicisitudes; él ha visto más de una vez un espectáculo como de Dios mismo, según la expresión de Séneca: el hombre animado en la adversidad. Vosotros colocáis en primera fila el estudio de las ciencias, á causa de su utilidad. ¿Qué cosa más útil que aprender á distinguir lo honesto y á conformarse con ello? Oíd al príncipe de la elocuencia romana exclamar con un sentimiento vivo de reconocimiento por el poeta (1), que le abrió sus tesoros de la antigüedad: «En el gobierno de la república, he tenido siempre delante de mí esa multitud de hombres eminentes, de quienes los escritores griegos y romanos nos han dejado vivas imágenes, no solo para tener nuestras miradas, sino para llenarnos de imitación. Gloria eterna á las letras! ¿Qué podéis sobreponerse á una instrucción toda viva, toda en ejemplos, que penetra tanto el corazón, que inicia al jóven en las virtudes sociales, que le revela los deberes de hijo, de padre, de amigo, que le inflama por el honor, que le anima, que le exhorta á servir á la patria y á la humanidad?»

Me detengo, porque no he querido establecer ningún paralelo entre el genio de las ciencias y el de las letras. Inclúyese solo *Demócrito y Newton*, como ante *Homero y Demócrito, Virgilio y Cicerón, Calderón y Cervantes, Corneille y Racine*, etc., etc., yo dejo á la razón de los sabios y hombres de letras la tarea de terminar esta larga y acalorada polémica de preeminencia que ahora se suscita, que por momentos estalla, á la cual el verdadero saber y el talento permanecen extraños, y que hasta el presente no ha servido sino para señalar la pueril vanidad de hombres medianos.

Madrid 21 de febrero de 1835.

FRANCISCO ANTONIO CALERO.

LUIS XI REY DE FRANCIA.

Luis XI, cuyos hechos han dado argumento á dramas y novelas en nuestro tiempo, nació en Bourges en 5 de julio de 1425, y fué hijo de Carlos VII y de María de Sicilia. Desde sus primeros años se le vió dominado de la funesta pasión de reinar; y así es que en 1440 se hizo caudillo de la facción llamada la *praguería* contra el rey su padre, con el cual se reconcilió algún tiempo después, y le acompañó cuando hizo levantar el sitio de Tartas en la Gascuña, y el de Dieppe que los ingleses habían puesto en 1445. Al año siguiente pasó á la Alsacia, donde tomó á Montbelliard, y derrotó 600 suizos cerca de Basilea. Retiróse luego al Delinado, que gobernó por el diez años de la manera meritoria, pues oprimió y robó al pueblo, y después se volvió á rebelar

contra su padre, uniéndose á los malcontentos. Temiendo ser aprehendido por las tropas que Carlos envió contra él, se fugó al Franco Condado, y en 1456 al Brabante, en donde el duque de Borgoña lo trató con las consideraciones debidas al hijo de su soberano, por lo que el rey dijo cuando lo supo: *el duque no conoce al delin; pues cría un raposo que con el tiempo le comará sus pollos.* Habiendo sabido allí la muerte de su padre, ocurrido en 22 de julio de 1461, partió inmediatamente para Rims, donde lo consagró el arzobispo Juan Juvenal de los Ursinos el 15 de agosto del mismo año. La conducta que este príncipe había observado con su padre, y el despotismo con que había tratado á los pueblos del Delinado, daban bastante motivo á conocer lo que podían esperar de él sus vasallos, y aun sus amigos. Así que subió al poder se separaron descontentos el uno del otro, lo que era muy natural que sucediese siendo ambos tan inicuos y despreciables, y tan difícil que los hombres se conozcan á sí mismos. Luis había chocado al rey de Castilla por su desalio en el vestir y abandono de su persona que no podía ser mayor; y Enrique había incurrido en el desprecio del francés por su innoble fisonomía y su escaso talento. Su genio extravagante y desconfiado hizo que alejase de la corte á los grandes, quienes para vengarse, tomando por protesta la opresión del pueblo, motivo real que nunca había faltado, formaron la liga que autorizaron con el nombre del *Bien público.* El rey, que marchaba á defender á París, encontró á los príncipes coligados cerca de Montberli, donde se dió una batalla con igual pérdida en julio de 1463. Luis previó las funestas consecuencias que podrían traerle estos desórdenes, y disolvió mañosamente la liga con el tratado de paz que concluyó en Conflans por octubre del mismo año, en virtud del cual se vió obligado á dar la Normandía á su hermano, al duque de Borgoña algunas plazas tomadas en la Picardía, y al de Bostaña el condado de Etampes, y la espada de condestable á Luis de Luxemburgo conde de San Pol. Después, malcontento su hermano, le dió motivo para que le quitase la Normandía, pero salieron á su defensa el duque de Bretaña y el de Borgoña. Luis declaró la guerra al uno, y sublevó á los hugotes contra el otro, y como había quebrantado los capitales del tratado, fué á Perona á tener una entrevista sobre este particular con el duque de Borgoña.

Apenas había llegado á aquel punto, cuando llegó á noticia de este que por instigación del rey se habían revolucionado los hugotes, habían sorprendido á Touges, y cometido grandes desfalcos. El borgoñón irritado con tal novedad, y hallándose más fuerte que el rey, se apoderó de la persona de este, y lo puso en una prisión cerca de la misma torre en que había detenido Carlos el Simple, y aun estuvo dudoso algún tiempo sobre tomar una venganza más terrible. Luis, para salir de este apuro, se vió en la necesidad de firmar un tratado en que se obligaba á dar á su hermano la Champaña y la Bria, y además tuvo que acompañar al duque para cometer á Lieja, que fué tomada, cabalgada al pillaje, y reducida á ruinas á vista del rey, que tuvo la baja de aplaudir el desastre sufrido por sus aliados, y de atar el valor del duque. En 1469 hizo prender á Juan Balue, obispo de Angers, cardenal de santa Susana, y á su amigo Guillermo de Harancourt, obispo de Verdun, y los encerró en el fuerte de la Bastilla, mandando, para darles mayor castigo, que fuesen cada uno metido en una paila de hierro. Con la prisión de estos prebados que habían influido en las desavenencias de la familia real, Carlos de Francia se avino á aceptar la Guiena en vez de la Champaña y de la Bria, lo que desahó Luis para alejarlo de la Borgoña. Volvió á encenderse la guerra entre el rey y el duque, y como el de Bretaña favoreciese al borgoñón, Luis le hizo igualmente la guerra para separarlo de esta alianza. Mientras que en la Normandía, en la Champaña y en la Borgoña continuaban las hostilidades, el rey de Aragón Juan II se hizo dueño de Perpignan y el conde de Armáñac de Lectoure por medio de una traición. Luis marchó á poner sitio á la capital del Rosellón; pero fué tan bien defendida por el anciano rey de Aragón, que los franceses se vieron obligados á levantar el sitio, si bien años después se apoderaron de ella. Los dos reyes hicieron en seguida un acomodamiento que ratificó después Luis en presencia de los embajadores del aragonés, por el cual se obligaba á devolverle el Rosellón y la Cerdeña así que hubiese percibido la suma por la cual estaban empeñados; pero al mismo tiempo el pálido monarca envió tropas al Rosellón.

En rey como Luis no podía menos de tener enemigos públicos y secretos. En 1474 Harli, factor de Har, fué desecuartizado por haber querido entrometer al rey, recibiendo por ello 30,000 escudos, suma

(1) A. L. Braband.

superior á las facultades de un particular, por lo que recayeron las sospechas en el duque de Borgoña, el cual, continuando la guerra con Luis, se ligó con el rey de Inglaterra Eduardo IV para destronarlo. Habiendo espirado la tregua que había entre el duque y el rey, este acometió la Picardía, mientras que aquel estaba ocupado en el sitio de Nuits. El rey Eduardo vino á Calais con poderosa armada; pero no habiéndoseles podido unir al duque como le había ofrecido, hizo una tregua de nueve años con el rey de Francia.

Luego este y el duque de Borgoña hicieron un tratado por el cual se sacrificaban mutuamente sus amigos y enemigos, entre los cuales se hallaba el conde de San Pol. Este, á quien el rey odiaba por sus traiciones, se había refugiado al duque, y sin embargo lo entregó á Luis, que mandó formarle causa y fué decapitado.

Habiendo muerto el duque de Borgoña en el sitio de Nancy, y retornado el estado en su hija María, el rey de Francia, que deseaba casar con ella al duque Carlos, procuró en vano impedir el matrimonio de esta princesa con el archiduque Maximiliano, hijo del emperador Federico III, que se verificó en Gante en 1477.

Por el mismo tiempo Jacobo de Armagnac, duque de Nemours, fué decapitado el 4 de agosto por crimen de estado, y el rey cometió la crueldad de mandar que sus hijos estuviesen bajo el cadalso durante la ejecución para que cayese sobre ellos la sangre de su padre. Procedió asimismo contra la memoria del difunto duque de Borgoña, para que estando prohibido su delito de lesa majestad, su estado pudiese ser legítimamente conquistado y unido á la corona, y durante el proceso hizo guerra al archiduque Maximiliano.

En 1481 fué Luis atacado de una apoplejía, de que le quedó tal debilidad, que jamás pudo restablecerse completamente, y su desconfianza, sus sospechas é inquietudes crecían á medida que se disminuían sus fuerzas, temiendo que con el progreso de su enfermedad se le quitase el entender en el gobierno. Al fin se hizo inaccesible, y en todas las ventanas del castillo de Plessis-les-Tours donde habitaba, mandó poner rejas de hierro. Allí invocaba á los santos, y hacía que le llevasen reliquias, no por efecto de piedad, sino únicamente con el objeto de conseguir su curación. Habiendo oído hablar de las virtudes y estupendos milagros de San Francisco de Paula, desde la Calabria donde estaba le llamó á Francia para que con sus oraciones le alcanzase la salud, y le dió su mismo parque para que fundase un convento. Este santo, por cuya intercesión esperaba conseguir mas larga vida, le sirvió exhortándole á poner los medios de tranquilizar su conciencia, y falleció el 50 de agosto de 1483. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de Nuestra Señora de Clercy que había edificado.

Luis había casado en 1456 en primeras nupcias con Margarita de Escocia, de la que no tuvo sucesión; y en segundas con Carlota de Saboya en 1464, de la que tuvo al príncipe Carlos que le sucedió en la corona.

Justificó en 1469 el orden de San Miguel, y fué el primer monarca francés que usó el tratamiento de majestad.

Fuó Luis XI un príncipe esclavo de sus pasiones en medio de las cuales no resplandecía virtud alguna, y la conducta de toda su vida justifica el juicio de los historiadores que lo pintan mal hijo, mal padre, mal esposo, mal hermano, mal súbdito, y mal rey. Era cruel, vengativo, artificioso y desconfiado, muy celoso de su autoridad, que consiguió fuese absoluta, y muy pagado de sus propios dictámenes, por lo que con nadie consultaba sus meynos. No podía tolerar á las personas de alta esfera, al mismo tiempo que exalta á la gente mas comun sin mérito para ello, como se vió con su bárbaro Olivero Dain, al que hizo conde de Meulant, conducta que, como á otros monarcas, le convalió en odio general. Asilto en sumo grado para ganar á los hombres de quienes necesitaba, y descubrir los secretos de sus enemigos, é inspirarles múltiplas desconfianzas para destruirlos, no poseía aquella insalterable serenidad que hace que los grandes hombres sean lo mismo en la desgracia que en la prosperidad, porque cuando esta le sobreia no podía ocultar sus secretas intenciones y cometer muchos desaciertos que solo le era dado enmendar por malos y reprochados medios. Fué muy supersticioso, y por una monstruosa contradicción observaba las vanas exterioridades de la piedad al mismo tiempo que carecía de religion y de conciencia. Así es que no quiso admitir á un embajador del gran turco Bayaceto, y mandó que no pasase de Marsella, porque creía que no debía un cristiano tener trato con los enemigos de su religion. Tampoco quería jurar sobre la cruz de San Ló de Angers, porque, segun una creencia vulgar de su tiempo, los que violaban este juramento morían miserablemente; de modo que cuando se decidía á jurar sobre dicha cruz, era señal de que estaba resuelto á no faltar al juramento, de lo que en otros casos no se podía tener seguridad. Tal era el carácter de Luis XI de Francia.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

JUSTA Y RUFINA.

RELACION

por Fernan Caballero.

CAPITULO II.

Doce años después de la conversacion referida, habíase cumplido parte de los pronósticos de la maliciosa viuda, y muchas lágrimas celebraban ya Rufina á la marquesa de Villamencia.

¿Cuánto se ensaneca el mundo de sus viciedades en sus contiendas con la buena fé y la honrada! Mas le valiera llorar sus tristes triunfos, acordándose que ha dicho un pensador moralista francés: no hallo vergüenza en ser engañado por el guiso, pero la tendria de desconfiar de todos.

Desde que los malos instintos de Rufina se habían desarrollado en escala mayor, y de manera que nada hacia para retenerlos, habia envejecido la tierra madre de Justa de pimer gran distancia entre ambas jóvenes, puesto que la marquesa procuraba principalmente en conservar la pureza del alma de su hija, no solo de toda mancha, sino de todo lo que pudiese ajar la blanca túnica de su inocencia; creía que no era tal ó cual de los siete vicios capitales que debían quedar en toda mente pura en la infancia, y como ministros medio fantásticos; sino todos, pues todos vistos de cerca rebajan el alma de su altura, todos ajan la delicadeza del sentir, todos empañan la clara transparencia de la inocencia, todos profanan los floridos espacios de la imaginacion, y toda vez desprestigiando la vida real como las negras y pesadas nebulas que van empañando el día y apagando las estrellas. Así es que vemos con dolor á tantos que son jóvenes, bellos, y ¡Dios mio, aun poetas! echar con alma vulgar, vieja y materialista, su triste y escópico humo sobre lo imposible de una vida pura, abstinente, desprendida, humilde, benévola, activa para el bien y sufrida para el mal, y hacerse con los siete vicios contrarios una corona de hediondas y avrepensadas flores, con la que se coronan y sientan al banquete de la vida! Pero por suerte existe una inmensa reacción. En los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, hay infinitas que van formando una aristocracia de virtud y religion, y es de esperar que no esté lejos el día en que el mismo del vicio caiga en la abyeccion y en el ridículo en que ha caído ya el viejo cinismo antireligioso, ese cinismo que nada define mejor que una palabra que no está en el diccionario, pero de la que por expresiva y adaptable no podemos menos de valerlos en esta ocasion; esa palabra es *curv*.

No podemos definir á Justa mejor que diciendo que en ella nada sorprendia, pero que todo atraía, admiraba y simpatizaba. La inocente bondad y elevación de su alma le habían llevado á extrañarse de su mala compañera de infancia, sobre todo desde que vió que su madre la deseaba, porque Justa tenía la primera virtud religiosa en relacion con lo humano, tenía el primer y mas puro amor de un hermoso corazón, tenía el principal distintivo de una perfecta educacion, no á la francesa ni á la inglesa, sino de toda educacion sólida y cristiana, estas es, que era buena hija. Para Justa no había nada en el mundo que contrabalancease el amor santo hacia la madre que le dió el ser, y crió á sus pechos; ningún respeto en lo humano que sobrepusiese al que le inspiraba aquella madre, decaída de virtudes. Esta veneracion, este entrañable amor, era unision en límites que tenía y en todas ocasiones demostraba Justa á su madre, hacian de ella la jóven mas simpática, mas querida y mas amada de aquella ciudad; y cuando estos sentimientos se demostraban en los mil elogios que siempre acompañaban al nombre de Justa, decían las madres á sus hijas: «no prometa á tu Señor á los que aman y honran á sus padres solamente la eterna vida, sino que los bendice en esta, y á su bendición añado la de los hombres; debe pues ser la primera virtud y la mas adaptable á Dios, pues es la mas premiada.»

Cuán cierto es esto! Por el contrario, cuando en las familias engendran la soberbia y otros vicios el monstruo emancipacion, y cuando este se planta como contrario ante la autoridad paterna ó materna, repeliendo con el pie el respeto, la submission, la obediencia, y todas las virtudes finales, ay de aquella mansion! De ella huyeron al punto el aprecio, la consideracion, y el elogio de los hombres, ese tributo que forma la buena fama, ese galardón que no dan al rico ni su dinero ni sus aduladores; huyen la felicidad, huyen los penales que ven marchitas sus coronas, y huyen del hogar doméstico los ángeles de la paz, cuya presencia tan dulce le hacia! y solo queda allí en lugar de estas felicidades ausentes, la severa reprobacion de Dios, que podrá perdonar al arrepentido, y la de los hombres, que no perdona nunca.

Definir los malos instintos de Rufina seria prolijo, y más corto es decir que los tenía todos, sobresaliendo entre ellos la soberbia, la envidia y la crueldad. Era, segun la expresion de un autor francés, una

malta de espino; no se rozaba nadie con ella sin herirse las manos ó desgarrarse el vestido. Cuando niña, el placer que hallaba en atormentar á los animales indicaba claramente esta última perversidad, y fué lo primero que desmintió á estas niñas tan diferentes. La marquesa lamentaba la bien entendida y esquisita sensibilidad de su hija, y cuando sus amigos la reconvenían por este, y hallaban mas acertado compadecerla advirtiéndole que de esta suerte sería mas feliz, porque el que con todos lloraba se quedaba sin ojos, la marquesa daba á estos vulgares y triviales axiomas esta magnífica respuesta: prefiero que mi hija sea buena á que sea feliz (1).

Mas tarde el afán de Rufina por componerse y ser vista indicó su vanidad y su desearo; y su hostil competencia con la suava y bondadosa Justa derrotó su orgullo y envidia. El primer ensayo en su vida de liviandad, fué el seducir y atraer al joven marqués que era tímido y corto de luces, y de indisposición con su madre, la que solo pudo evitar un escándalo valiéndose de un hermano suyo que tenía en Madrid, el que mediante á ocupar un alto puesto y por ser aun el marqués de menor edad, pudo arrancarlo á la fuerza de su casa y traerle á su lado. Este y otros disgustos habían empeorado la salud de la marquesa, la que al renudar nuestra relacion estaba cerca de sucumbir al horrible padecer de una fibrosa interior que la consumía y hacía necesaria una asistencia continua, á la que Justa consagraba su vida y su corazón.

Este dia la hallamos blanca cual el alabastro, como pone á sus pobres víctimas el mal que la devoraba, acostada sobre un sofá, y mirando con una plácida y satisfecha sonrisa á su hija, que de rodillas besaba las albas manos de su madre.

—Vete á acostar, hija de mi corazón, la decía, que apenas has descansado en la pasada noche.

—No podria dormir, madre mia, contestó Justa tan de queda cual si lo que dijese fuera un secreto y hubiese habido otras personas además de ellas en la habitación.

—Te acuerdas, Justa mia, cuando eras chica y que acostadita en tu cama no querías dormirte, sino cuando yo te decía: me complaces en dormir: cerrabas entonces tus ojitos, y un minuto después sonreías en sueños al ángel de la obediencia que venia á cubrirte con sus alas.

—Sí que recuerdo, madre mia, y la oracion que me enseñasteis para quitarme el miedo.

Verdad es que eras medrosilla y me decias cuando la noche estaba oscura: madre, cerrar la ventana que entra miedo.

—Pues aun me quedan rálagas de ese miedo instintivo de los niños. Temo alguna vez con angustia; y si lo que temo no tiene nombre y no es ni el *cañon* ni el *cozo*, es lo que me amedrenta objeto tan indefinido, pero tan temeroso como aquellos.

—Pues si no precisas la causa de tu temor, ¿qué te amedrenta, señorita mia?

—Temo al mal de cualquiera forma que se pueda presentar, madre; temo que llegue á mis oídos un gemido, á mi vista un horror, pues ambas cosas abundan tanto en el mundo! Así es, que siempre sigo rezando aquella oracion que para los caídos de mi corazón, cerraba súbitamente mis ojos, y trata entonces, como ahora, sobre mis labios la sonrisa que recordas, con tan tanto fervor y confianza.

A acostarme voy
Sola sin compañía
La Virgen María
Esta junta ni cama;
Me dice de quando:
Mi niña, reposa
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—Entonces, como eras obediente, dijo la marquesa, y ahora mas que entonces, me complaces en descansar y dormir.

—Madre, entonces nada ahuyentaba mi sueño; pero ahora que estas mala...

—Estoy hoy mejor.

—Entonces, madre mia, dijo aun mas de queda Justa acercándose al lado de su madre, no temia en qué pensar.

—Ya entiendo, ya entiendo, le interrumpió su madre sonriéndose; pero ya que tú no eres presumida, quiero en esta ocasion serlo por tí y procurar que cuando venga esta noche no te halla marchita como una flor de estío, sino fresca como lo que eres, una rosa de abril.

—No me quiere por mi buen parecer, madre mia.

—¿Y sé; librate. Dime de inspirar un aunar solo debido al buen parecer, amor superficial y frívolo, amor de ojos y no de corazón, que podría desvanecerse si desmejoraba tu hermosura una enfermedad, un

pericance, ó el tiempo; pero, hija mia, el bien parecer es, si no un mérito, una ventaja, es un don de la naturaleza, del que no se debe ni presumir ni abusar; pero tampoco se le debe menospreciar destruyéndolo como hace un niño deshojando una rosa.

En este momento se abrió la puerta y apareció la administradora entre aquellas dos hermosas, simpáticas y suaves criaturas, como aparece una abispa entre unas rosa blanca y su rosado capullo.

—Ya ves que quedo acompañada, dijo la marquesa á su hija, vete pues á acostar, hija del alma, perenne ángel de mi custodia.

Justa abrazó á su madre repetidas veces rubiéndola de besos; saludó á la recién entrada, puso todas las cosas con primor en su debido puesto, y se retiró.

—Válgame Dios, mujer! dijo la administradora sentándose cómodamente en un sillón, fuerte cosa es que sepan los amigos por fuera las novedades de la casa, y que no los encuentres acreedores á participarles lo que todo el mundo sabe! ¿Conque se casa Justa?

—Verdad es; pero aun no he dado parte á nadie, respondió la marquesa.

—Acaba de saberlo en casa de Velez, prosiguió la viuda; buena bnda hace, dijo el marido. Es Pepe Arce hijo único de un padre millonario; ¡qué suerte han tenido esos Arces, y dónde han llegado con solo saber sumar y sobre todo multiplicar! Es, á no dudarlo, el mas rico capitalista de la ciudad; y como nada les queda que desear, añadió la mujer, sino sangre azul, por eso casan al hijo con la hija de la marquesa. Tanto mas, dijo la suegra, que si muere el primogénito, será Justa la heredera del título y del caudal.

—Válgame Dios! exclamó la marquesa herida tanto por la hostilidad del juicio como por la indelicadeza que habia en repetírselo, válgame Dios! cuántos y qué lejanos cálculos atribuyen y ven los extraños en un casamiento solo y exclusivamente debido á la mútua inclinacion de los jóvenes, que en nada han pensado aino en amarse y ser felices cuando este amor fué sancionado por sus padres!

—Qué amores, ni qué amores! ¿Por ventura estamos en tiempos de oscurantismo? Hija, hoy dia tenemos muchas luces, y á su resplandor se calcula que es un contento: no hay mas que calcular, nada mas.

—Replto, señora, repuso la marquesa, que ninguno hay en esto. Sabeis que D. Bruno Arce es desde muchos años amigo de la casa, y que me visitó todas las noches; cuando llegaban hijo de sus viajes, lo trajó á verme como era regular. Pepe siguió viniendo porque lo atraía Justa: la amó; ella le correspondió cuando se lo permitió, lo que hice gustosa en vista de las excelentes prendas de Pepe; este espontáneo é inocente amor es la sencilla causa de su union, y el mundo le halla en lugar de esto: cálculo, diplomacia y miras ulteriores!!! Señora, quien no tiene sino un rasero para medir las cosas, no debe prejuzgar sino de aquellas que son á la medida del rasero.

—No digo que aquí no haya malas lenguas, dijo la viuda, ¡jens si las hay! En un instante dejan á San Juan sin manto, á San Sebastian sin camisa y á San Bartolomé sin pellejo; yo no hago sino repetir lo que oigo. Es regular, añadió la entremetida viuda, que venga tu hijo á la boda de su hermano.

A la marquesa mortificó esta pregunta que con ese fin se habia hecho, y contestó con frialdad:

—No vendrá, puesto que en consideracion al estado de mi salud, esta boda se va á hacer pronto y sin ninguna clase de aparato, aunque mi pobre hija lo ignora: yo sé que me restan pocos dias de vida, y deseo al morir dejar casada á la hija de mi alma.

—Ya, ya! si no viene el marquesito, insistió la áspera viuda, yo bien sé el por qué; pero todo el que no sepa la verdadera causa, lo estrañará. Bien te lo predije! ahora quiero prevenirte cosas que suceden, y que tú, enferma y encerrada como estás, ni puedes saber ni puedes evitar. La linda alhaja de Rufina, después de haber tendido cuantos lazos ha podido á Pepe Arce, le ha dado citas en nombre de tu hija, en las cuales en lugar de á Justa se halló á ella. Rechazada por Pepe del terreno amoroso, se lanzó al sentimental, asegurándose que era la criatura mas desgraciada bajo el despotismo de tu hijo y tuyo. Hallando sus quejas inredulidad, así como sus provocaciones habian hallado desvío, humillado su amor propio, exaltada su envidia, pateando de soberbia al reconocer la impotencia en que estaba de satisfacer sus perversos anhelos, ha escrito un anónimo á Pepe Arce, en el que con inconcebible audacia le dice que no es él el primer amor de tu hija.

Todo esto lo sé por el ama de llaves de la casa de Arce, que sabe cuanto pasa entre el padre y el hijo, merced á que es curiosa y escucha detrás de las puertas; y aunque tanto D. Bruno como Pepe se han reído de todo esto, yo te lo participo para que sepas de todo lo que es capaz esa serpiente que has criado en tu seno.

La marquesa se habia puesto, si es posible, aun mas pálida de lo que estaba habitualmente.

—No, no, no puedo creerlo, dijo con desalentada voz. Señora, siempre habeis aborrecido á esa muchacha, y repetis calumnias de tal magnitud, que solo la malevolencia puede daries crédito.

(1) Sentimos no atrevernos á decir por qué se acordaba el nombre de la santa, santa y castísima madre á la que se le atribuye como esta respuesta.

—Pues aun hay mas, prosiguió la noticiara, sin evitarse del efecto que estaban produciendo sus crueles revelaciones en la pobre enferma, aun hay mas: exasperada Rufina al ver que Justa teniendo dos años menos se casa antes que ella, se ha puesto su señoría en relaciones, y se va á casar con un paseante en cortes, tabur, truan, sin oficio ni beneficio, pero con muchas trampas, bien vestido gracias á estas, al cual ha hecho creer que es hijo de tu marido, y que por lo tanto tu familia nunca puede desampararla.

Al oír esta última revelacion, la marquesa cerró los ojos, y dejó caer su cabeza sobre los cojines del sofá.

La viuda dió voces. Por Dios! por Dios! murmuró la enferma, que nada sepa mi hija, esa inocente! Lanzó un débil gemido, y perdió el sentido.

Al oír las voces de la viuda, Justa se había echado un peinador blanco, y con su magnífica cabellera suelta había acudido desolada y temblorosa y se había arrodillado junto á su madre. Rufina compuesta y ataviada había venido tambien, así como algunas criadas, y ambas jóvenes prodigaban sus cuidados á la exánime marquesa, la primera

bañada en lágrimas como el amor que sufre, la segunda impasible como la impermeable indiferencia.

—Cuidala, cuidala, dijo á esta última la implacable viuda; pero hincate como Justa sin temor á ajar tus faldas, á ver si te deja algo en su testamento.

—Lo hará sin eso, pásele á quien le pesare, respondió Rufina con desococo.

—Lo que te dejará, y debe dejarte, es su bendicion por lo que le mereces, repuso su antagonista.

Ocho dias después de la escena referida, por expresa voluntad de la marquesa, se unian sin ruido ni boato Justa y Pepe Arce.

—Aquel mismo dia, y como para acabar la última satisfaccion que en este mundo habia de disfrutar la buena madre, desapareció Rufina de la casa para unirse á su indigno pretendiente.

Al mes vacía la marquesa en su féretro blanca y fria como la nieve que va á absorber la tierra.

Al lado del féretro mezclaba Rufina su mentido é hipócrita dolor con las bellas y sinceras lágrimas de Justa, y obtenia á favor de su falso



(La gruta del hombre muerto.)

desconsuelo que Justa le perdonase su loca conducta y disparatado casamiento.

Tres meses después el marido de Rufina, harto de ella, desengañado de la falsedad de sus asertos, perseguido por deudas y otras fechorías, después de disipar la manda que dejó la marquesa á su mujer, habia desaparecido.

(Continuará.)

MELANCOLIA.

¿Sabéis que voy á hablar de *melancolia*?... ¡Cosa extraña cuando siempre está la risa en mis labios!...

Ocuparme en escribir sobre una palabra sinónima de tristeza, equivale á decir:

—Pasad por alto, lectores... no detengáis vuestra importante mirada sobre mis desaliñados renglones, porque no hallaréis lo que buscáis... Pasad la vista, que solo encontraréis... *tristeza*... ese sentimiento del alma que idealiza el dolor.

En vano será que clame contra ellos para que me lean... ¡Cómo lo he de conseguir, si antes de proporcionarles una distraccion que alivie su fastidio, voy á causarles con mis palabras una sensacion de hastío que aumente sus padecimientos!... No importa, sin embargo, lectores: cachaza, y continuad; que si á veces hay alegría en mi rostro y en mi pluma dolor, otras hay en mi semblante *melancolia*, pero plácemes en mis escritos...

¿Conocéis á Ernesto? Es indudable que le habréis visto mas de una vez; que le habréis recordado sin disgusto aun sin quererlo vosotros mismos. No está abonado á los paseos; mas no por esto los huye: no es un modelo parisien acabado de salir del taller de sastrería; pero en el mismo desaliño de su traje hay cierta elegancia natural, que predispone mucho en su favor: no es un tipo de belleza, si bien no es un fenómeno de fealdad; pero la dulce expresion de sus ojos negros y la palidez de sus mejillas denotan la existencia de un alma sensible y enérgica. Es uno de esos seres que instintivamente escitan nuestras simpatías, y que parece desafia á que se les olvide.

Pues bien, Ernesto tiene veintitres años: algunos procesos artu-

gas empiezan á delinearse en su semblante, y cualquiera que lo viese por vez primera, diría sin detenerse un momento:

—Ese hombre está gastado por los placeres.

Juicio erróneo, como todos los que no se meditan con la debida detención.

En tres meses se irá marchitando la lozana flor de su juventud. Su carácter reservado y sombrío siempre nos ha tenido con cuidado á todos sus amigos, especialmente desde que quedó huérfano, en cuya época empezó á retirarse del trato social, hasta el punto de no tener hace algún tiempo otro amigo que yo.

Militud de veces quise leer alguna misterio en sus frases sentenciosas y entrecortadas; pero jamás brotó de mis labios una palabra que pudiese ser calificada de indiscreta curiosidad.

Poco á poco han ido agravándose sus dolencias morales, calificadas con el triste nombre de *melancolía*, y hoy pesa sobre su frente una sentencia de muerte.

Su vida está contada, porque padece una aneurisma en el corazón.

Siempre sospeché que había en su alma un secreto que corroía lentamente sus entrañas, y que le ha producido su incurable enfermedad; y ya en su lecho de muerte no ha vacilado en confiarme algunas páginas escritas en su album de memorias.

Me ha hecho partícipe de su secreto, cuando sabe que en breve dejará de existir: es verdad, viviendo él, no debía salir de su corazón.

En estas páginas se hallan delineados algunos tristes acontecimientos de su vida... mejor dicho, sus escasas hojas escritas por su mano en el último período de su existencia, son un poema de dolor grabado con caracteres de muerte...

15 de noviembre.

Hoy he cumplido veintitres años, y ayer los conducido á la última morada el cadáver de mi madre.

Ayer la sociedad cumplió con ella su última farsa mundanal, acompañándola al cementerio, tal vez con la sonrisa en los labios la mayor parte de los que la seguían. Pero en verdad, ¿fueron tan pocos, que perdería la comedia mucho de su efecto teatral!

¡Soy tan pobre!..

En cambio la religión ha ejercido su última misión consoladora con mi madre: afortunadamente bastaba para ello el escaso ahorro que me produjo mi trabajo de algunos meses.

He orado por su alma, y una dulce tranquilidad ha inundado mi espíritu. Solo yo en este mundo elevaré preces al Señor por su eterno reposo!..

Parecía que debía arrancarle su vida para prolongar la mía... ¿Cuánto hubiera deseado que se trocassen los papeles!..

He visitado su sepulcro, y el pobre huérfano solo ha podido depositar en la tumba de su madre una oración, y una flor amarilla y ajada con el aliento quemante de sus labios...

(Continuación.)

ADÁN-OLBAF.

UNA APUESTA.

(Continuación.)

Para sentir la emoción del juego es preciso jugar como Enrique, teniendo á un lado todo la fortuna y á otro la miseria. Poniendo en cada puesta su vida entera, porque entre nosotros la vida es el capital, sin reservarse ni un maravilla esto es pasar del purgatorio al cielo por un puente formado de un cabello, teniendo el infierno á los pies. Quien ha sabido todo este góce salvaje, no puede encontrar otro igual, y según el templo de su alma, no vuelve á jugar más, ó no vive sino para jugar. Enrique juegaba y sudaba por todos sus poros. Por fin, cuando en una jugada hizo ascender su dinero á siete mil reales y los puso sobre una carta, el banquero le dijo:

—Copa Vd.? No hay más en banca.

—Copa, respondió Enrique con voz ronca.

Todas las cabezas se agruparon con curiosidad á ver esta jugada en que solo Enrique y el banquero tomaban parte, y cada uno empezó á predecir la fortuna en su futuro. La carta de Enrique, que era una sola y la del banquero un as, y ambas tardaron mucho en salir, mas de diez veces los jugadores dijeron con asustada la palabra clásica—ahí está, y otros tantas rindieron: «un noa con desaliento, pero con interés creciente.

Enrique, reconcentrado en sí mismo, apenas denunciaba su emoción mas que por el temblor convulsivo que se había apoderado de sus miembros y por las miradas de fuego que fijaba en la baraja. Pasaba entonces por su imaginación como por un sombrío panorama Angélica enferma en su lecho, sin auxilio y sin pan; oía sus gritos y sus inculpaciones porque no se había retirado á tiempo; mas luego á la menor esperanza, al reflejo de una pinta que creía ver transparentarse, esta imagen se borraba para dar lugar á otra brillante y espléndida como el iris: Angélica buena y rica en un palacio de oro y mármoles, servida por doncellas radiantes de juventud y de belleza, como una Venus en su nube de aterciopelo; se veía á sí mismo como en un espejo vestido como Juan Bart de una tela de oro, adornado de pedrerías como un turco, y feliz en su riqueza física y moral por haber recobrado también su corazón.

Por fin la suerte se decidió.

—La zota! dijo uno de los puntos, divisando sus piernas con la mirada peculiar de los jugadores.

—Está el as delante, dijo el banquero con voz seca echándole sobre la mesa.

Enrique había perdido. La caída de Lushel no fué mas dolorosa.

Empujó su dinero con un movimiento maquinal hácia el banquero, y sin hablar una palabra se dirigió hácia la puerta como un cadáver galvanizado; pero á los pocos pasos sus ojos se nublaron, su razón se eclipsó, le faltaron las fuerzas, y cayó en el suelo sin sentido.

—Ha muerto! exclamaron asustados los jugadores corriendo hácia él.

—Mo ha perdido! dijo el banquero acudiendo también, olvidando sobre la mesa el oro que otra mano caritativa se encargó de recoger y murmurando:—no pensé que me costara tanto el hacer venir la suerte.

Pronto notaron sin embargo que Enrique vivía, y por el sobre de una carta que encontraron en su bolsillo supieron las señas de su casa, adonde le hicieron transportar.

IV.

UN GOLPE MAS.

El desmayo de Enrique habla sido producido por el golpe que la fortuna le asestó en el corazón, volviéndole la espalda con una cargada, como una mujer que se venga de un amante desdeñándole después de haberle arruinado; pero entró por mucho en su abatimiento la falta de fuerzas á que le habla reducido la dieta de la miseria. Su constitución se resistió á esa enfermedad anónima que diezma á los hijos del pueblo en cuyos cadáveres al hacer la disección se encuentran sus horribrosos vestigios; la hambre lenta, la hambre abrasada, producida tanto por la falta de alimento como por la mala calidad del que se tiene. Los envenenadores públicos conocidos con el nombre de tenderos al por menor, le habían vendido esta enfermedad en pequeñas dosis, á crecidos precios, y habían conseguido destemplan su estómago, que para vergüenza nuestra es la base de la vida. Además el frío que cogió aquella mañana, y que le fiebre le impidió sentir, obrando sobre su sangre hirviente le habla producido una pulmonía. Enrique no podía quejarse por falta de motivos para estar enfermo, y un sangrador vecino le explicó todos los derechos que tenía la enfermedad para apoderarse de su cuerpo como un acreedor de los bienes de su deudor. La medicina conoce su mal; pero esto no quiere decir que supiera curarle; cabalmente la medicina se manifiesta mas espléndida de ciencia en la descripción de las enfermedades cuya naturaleza y tratamiento conoce menos; ved los libros que se ocupan del cáncer y de la lisis en sus diversas especies.

Conducido á su casa, los médicos que le llevaban lloraron inútilmente á la puerta de su habardilla: nadie respondió. Volvieron á llamar, y entonces se asomó á la puerta de otro cuarto una vecina robusta, joven y colorada como una Maritornes, aunque no igualaba á la criada de Cervantes en la gentileza del cuerpo ni la hermosura de rostro, y preguntó—¿A quién buscan Vds.?

—Venimos, dijo un mozo, á traer á este caballero que vive aquí y se ha puesto malo.

—Ah! el señor Enrique! qué desgracia! exclamó la Maritornes viniendo á formar parte del grupo; aquí vivía, es verdad; pero el casero, como le debía 38 reales por dos meses de alquiler, le ha puesto los trastos en la escalera, y yo he tenido que recoger en mi cuarto á Angélica, que se la puede ahogar con un hilo; da compasión; y aunque soy pobre, lo que yo he dicho, mientras tenga un real le partiré con los pobres; si habla de trabajar como una, trabajará como dos, y aunque nunca la habla hablado que digamos, he tenido caridad, y vamos, no la habla de dejar en la calle como si fuera un perro...

—Y bien, señora, ¿jijel mozo interrumpiendo á la habladora vecina, ¿este hombre quedará en casa de Vd. también?

—Ay señor! yo bien quisiera, replicó la vecina, porque al fin da fastidio verle, y luego que parece un buen hombre; en todo el tiempo que lleva en la casa no se le ha oído pegar á su mujer ni reñirla siquiera... es verdad que ella es un alma de Dios, pero al fin los hombres si un día empuñan el codo mas de lo regular...

—Pero le recibe Vd?...

—A eso voy: me es imposible, porque ya ven Vds., las habitaciones son tan pequeñas, y luego... ¿cómo he de habérmelas yo con dos enfermos... gracias que pueda con uno...

Todavía siguió la buena mujer charlando como una campana en día de fiesta, aunque sin que nadie la atendiese, porque Enrique tenía su débil razon flotando entre las reflexiones á que su estado le reducía como una luz combatida por los huracanes, y los mozos que le conducían hablaban entre sí como celebrando consejo.

El resultado fué la decision de que se trasladase á Enrique al hospital general; y después de haber conferenciado uno de los mozos con el celador del barrio, la comitiva se puso en marcha.

¡Qué reflexiones debían asaltar la imaginacion de Enrique en aquel doloroso camino! El, poco tiempo antes tan rico, tan envidiado, reducido hoy á un lecho de limosna, sostenido por la caridad pública!

Pasó por delante de su antigua casa, la casa de sus orgías tumultuosas, donde habia pagado en cada noche bacanal mas oro por el beso de una ramera que el que basta á mantener por un año á toda una familia; donde el último de sus erizados, aquel cuyo nombre ignoraba el amo, tenía mas suerte de la que cabia ahora al amo mismo.

En la calle de Atarha, la escalera que servia de camilla á Enrique se detuvo para dejar paso á una elegante carretela que conducía á Margarita, á D. Juan y otros dos jóvenes.

Don Juan era ya esposo de Margarita, y seguía amándola con ese amor débil y profundo que se sabe vendido y apenas se queja, que llora sus ultrajes con lágrimas solitarias en el silencio de la noche y por el día apenas se atreve á murmurar á los pies de su ídolo un gemido de amargura; amor de mujer que padecen muchos hombres, porque las almas tienen su sexo y que no saben apreciar las mujeres. Muchos hay cuyas almas de acerada energia resisten á los hombres y los sucesos con el valor de los héroes, con la firmeza de los Cisneros, y sin embargo á los pies de su amada representan eternamente la fábula del León enamorado, dejándose arrancar las uñas y los dientes. Estos se pueden clasificar entre los predestinados por excelencia, en la larga familia de los esposos vendidos. Las mujeres abusan de su amor á causa de la natural debilidad de su sexo que se enorgullece abusando. La esclavitud del esclavo del siervo es siempre la mas dura; y de aquí podrian sacarse consecuencias políticas de maravillosa claridad, en nuestros gobiernos constitucionales, fundados en la obediencia á poderes esclavos, en un círculo de esclavitudes. Pocas son las mujeres casadas que venden á un marido de génio áspero y caprichoso; pocas las que son fieles á un hombre débil. Semejantes á los niños con quienes tienen tantos puntos de contacto, él mismo las pervierte, la libertad las desmoraliza.

Don Juan, sentado junto á Margarita, la devoraba con sus miradas febriles, pero ella en tanto hablaba y sonreía con los dos nécios que la acompañaban y que en cuerpo y su alma valian mucho menos que su mando.

Enrique vió este cuadro, y la fisonomía demacrada de D. Juan le reveló los misterios de su vida conyugal, esos tormentos misteriosos que se procuran ocultar á los ojos como enfermedades degradantes y que no hay médicos que cuiden de curar. La medicina, ó por mejor decir, la cirugía social, es el código de las leyes, formularlo ridiculo, para cuya formacion se ha desentado el corazón olvidando las creencias, y que se asemeja á las decoraciones de carton que se usan en las fiestas públicas para cubrir el vacío de los deberes.

La carretela pasó, pero Enrique quedó profundamente absorto en sus meditaciones.

—He ahí, decía, una mujer que fué pura, una mujer que hubiera sido pura siempre, si yo no me hubiese interpuesta en su camino para arrancarle su reputacion, el escudo de su virtud. Una apuesta de café le ha conducido á ella á la prostitucion de buen tono, mas asquerosa que las de las plazas públicas, porque no tiene el hambre por disculpa, y á mi al hospital. Para ninguno de nosotros dos hay salvacion posible. Ella está corrompida por la lepra del materialismo hasta la médula de los huesos; erigida en única creencia como nuestro siglo lo ha hecho, la idolatría de los sentidos, la fidelidad del matrimonio es un absurdo... y queremos que la base de la sociedad sea este absurdo, demolicemos los cimientos y no queremos que se derrumbe el edificio! Yo... yo no tengo mas esperanza que la muerte... la muerte en un hospital... Seguramente hay una providencia ó el acaso es inteligente. Toda quebrantamiento del orden físico ó moral, toda rebelion contra las leyes de la naturaleza ó de la sociedad lleva dentro de sí su castigo.

Cuando llegó al hospital, fué recibido con bastante aspereza y

arrinconado en el suelo húmedo de una sala, porque, segun dijeron los obregones, no había cama hecha y solo á horas fijas se entrega la ropa para las camas. Esto se hace en un lugar de caridad. Enrique pulmonico y hambriento permaneció mas de tres horas en el suelo como un mueble al cual no se encuentra fácil colocacion. ¡Quién le hubiera conocido allí? El mismo se olvidaba de su ser; el mismo lloraba como un niño encogido bajo su capa, olvidado su orgullo y su altivez, porque solo las almas de un temple superior saben conservar en la desgracia la dignidad, el orgullo en la pobreza, ese orgullo del ángel caído pero rebelde en su infierno, que nace de la conciencia del propio valer y es la última corona del pobre.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

III.

Cañida de gruesos muros,
restos del poder romano,
y recintada en la falda
de un altísimo peñasco,
se alzaba fuerte y severa
la antigua villa de Martos.
Cedióla un alcaide moro
al santo rey D. Fernando,
y desde entonces tremolaban
los estandartes cristianos
en los altos torreones
que la sirven de resguardo.
Mas de una vez la morisma
en ella triunfos buscando
tan solo encontró su afrenta,
y vió marchitos sus lauros,
pues en recinto defendien
los adalides bizarros
que lucen de Calatrava
la roja cruz en el manto,
y que en cien recias batallas
y en cien sangrientos asaltos
dieron á Castilla gloria
y al moro dieron espanto.

En honda calma y silencio
dormía sossegada Martos;
solo un atento vigia
por el adarve cruzando,
aquel profundo reposo
turba con su lento paso.
Cuando percibe á deshora
un rumor confuso y vago,
y entre las sombras distingue
un hombre, que fatigado
de un alazan poderoso
el ijar ensangrentado,
á rienda suelta corria
sin respiro ni descanso.
Pronto la ceniza arenosa
cruzó como el viento raudo,
y al pié del tosado muro
llegó un ginete cristiano.
Aviso dió el centinela;
dejáronle libre el paso,
y á D. Rodrigo de Rojas,
el fiel alcaide de Martos,
cuando de morisca gente
cubrió los vecinos campos,
dijo.—¿Muy lejos?—Les queda
que caminar trecho largo:
pues apresté el acicate
y es águila mi caballo.
—Ya sé que el rey de Granada,
grave empresa meditando,
fuerte ejército reunía:
viene mal, si viene á Martos.

¡Ay de la flor galana, que al borde del torrente ostenta su frescura, su pompa y su color! Que si iracunda crece la rápida corriente, sus hojas no respeta, ni su gentil primor.

Sonando dicha grata, que no verá cumplida, mecida entre ilusiones su mente juvenil, creyendo ver sembrada la senda de la vida de rosas, que acarician las auras del abril;

Con una faz sin tacha y un alma sin mancilla, y mas hermosa y pura que la gallarda flor, como luciente estrella, que entre las sombras brilla, así brillaba en Martos, bellísima Leonor.

Y en apartada alcoba tranquila reposaba, sin penas, sin zozobras y en honda soledad; sin ver que en negra nube, fatídica se alzaba sobre su blanca frente furiosa tempestad. Há poco allí reinaba quietud y paz serena, y ahora terror y espanto y estruendo y confusión. ¿Quién temerario espuso tan cándida azucena al destructor aliento del áspero Aquilon?

Para su amante pecho no es el furor impio de las airadas armas, las lides y el azar; para la débil barca, que mece el claro río, no son las bravas ondas del proceloso mar.

Acaso en vez de rosas, que bellas imaginas y que ahora te presenta fantástica ilusión, al despertar encuentres tan solo las espinas, y oprima la tristeza tu tierna corazón.

Resonará en tu oído funesta y parorosa la horrenda gritería de la encendida lid; quizá la sombra veas sangrienta y dolorosa de aquel á quien adoras, intrépido adalid.

Y trémula murmures el nombre de Fernando, y en vano al cielo airado suplicarás por él; desamparada y sola le llamarás llorando, cuando hacia tí se estienda el brazo del infiel.

Pluguiera á Dios que fuese perpétuo tu reposo, que has de trocar en llanto y en lúgubre dolor. El Angel, que protege su sueño venturoso, prolongue largas horas tu lánguido estupor.

IV.

Cuando siguiendo su eternal carrera, trepaba el sol al limpio firmamento, flotaba la musulmica bandera en estenso, vistoso campamento. Y los muros de Martos manifiestan de guerreros poblada su alta cumbre, que á batallar intrépidos se aprestan sin miedo á la enemiga muchedumbre.

Del apartado campo se separa y á provocar á los cristianos viene una turba feroz, de sangre avara, que á ordenados combates no se aviene.

Por tres veces la bárbara cuadrilla acometió con ardoroso anhelo; tres veces los flecheros de Castilla tornaron rojo el matizado suelo.

A la batalla atento, allí cercano se encontraba el alcaide D. Rodrigo, y al ver la inútil saña y furor vano, tumulto y confusión del enemigo, mandó que un escuadron se aparciera y siguiendo á Fernando de Padilla, la lanza en ristre y baja la visera, saliese de improviso de la villa.

Cien ginetes al punto se lanzaron, y cubiertos de acero y fuerte malla, sin piedad y sin tregua comenzaron á hacer horrible estrago en la canalla.

Pero el rey de Granada, que á la sombra de su espaciosa y tapizada tienda contemplaba sentado en rica alfombra con impacientes ojos la contienda,

al ver el esterminio y la matanza, desórden y terror de los peones, dispuso que á su amparo, sin tardanza saliesen sus brillantes campeones.

Levantóse Ismael, allí presente, y al rey se brinda á contener las iras de la cristiana enardecida gente, con sus bravos ginetes de Algeciras.

Sonriose Walid á la propuesta y «ve» le dijo al fin; pero te advierto que es la demanda por demás espuesta, y que eres en las lides poco esperto.

«Pronto, señor, responde el mozo ufano, buscar asilo en el rebelde muro habeis de ver al escuadron cristiano, en campo abierto lallándose inseguro.»

Y pidiendo su potro diligente, veloz cabalga, aplica el acicate, y ejemplo dando á su bizarra gente impávido se arroja en el combate.

Los ferrados ginetes castellanos detuvieron un punto sus corceles al ver naevo enemigo, y ya cercanos los suyos reprimieron los infieles.

Sordo murmullo súbito se escucha; un momento conmuevéanse y se agitan árabes y cristianos, y á la lucha con furia sin igual se precipitan.

Vieronse en los revuelos escuadrones las nobles frentes de sudor bañadas, tardos y fatigados los bridones, rotos los cascos, rojas las espadas.

Una trompeta resonó en la villa, abandonáren la sangrienta arena, atentos á su voz los de Castilla, y triunfante la hueste sarracena, y gritando «victoria» en pos se lanza; mas un nuevo escuadron apercebido salió con mas empeño y mas pujanza, y el antes vencedor se vió vencido.

Rápida flecha silba, se enrojece herido el pecho del caballo overo; debiénese, vacila, se estremece, y cayeron caballo y caballero.

Oprimió con su peso el bruto inerte al gallardo Ismael, y cien espadas, terrible amago de cercana muerte, miró sobre su frente levantadas.

En aquel punto, presuroso viene un castellano, que el sañudo encono de los soldados de la cruz contiene y que les grita con severo tono:

«Que ejerciteis es bueno los aceros en combatir con el contrario armado; mas siempre mengua fué de caballeros berir al enemigo derribado.»

Generoso le ayuda y le levanta y «en libertad estás, torna á tus reales» dijo al moro, que al ver nobleza tanta, y atónito al oír razones tales, «antes» responde, «conocer querría tu nombre, pues tu faz ya me es notoria, y mientras dure la existencia mia, jamás se han de horrar de mi memoria.

Soy noble; en Algeciras y en Granada es Ismael de todos conocido, y nunca fué mi estirpe mancillada, la ley de gratitud dando al olvido.»

Al mancebo tendió la amiga mano y «en todas las comarcas de Castilla es conocido», replicó el cristiano, el nombre de Fernando de Padilla.»

(Continuaré.)

EMILIO LAPUENTE ALCÁNTARA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Siempre la cabra tira al monte.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é INSTRUCCION, á cargo de D. G. Alhambra.